Nació y creció en Chilpancingo, vive cerca de acapulco y en una zona bastante buena, durante su adolescencia su sueño siempre fue estudiar artes así que decidió estudiar en una buena universidad de artes, obvio en CDMX. Sus padres lo apoyaron porque ricos idk :p y decidió estudiar una licenciatura en el INBA (Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura). Probablemente la licenciatura en Artes Visuales.

De ahí se quedo a vivir en CDMX y en vacaciones visita Guerrero.

Probablemente trabaja de curador o en la TV, me da vibes, pero eso si salió como un estudiante muy destacado.

Vive en la alcaldía ***Cuauhtémoc, cerca de bellas artes (es millonario al parecer jajaj) y se ve todo pro y serio pero en sus ratos libres va a la friki plaza ajaja.***

Estudió en la prepa no. 1 de la UAGro.

Propuesta de nombre muejej. Sebastián C.

Bn otaku desde siempre.

El más guapo de la prepa obs.

Moreno pálido idk.

Bn alto.

Malísimo pal fucho = Gay.

Nació y creció ahí, hizo la prepa en el Centro de Educación Artística (CEDART) José Clemente Orozco, después hizo la uni ahí mismo en Guadalajara en la UDG, probablemente eligiendo danza. La institución es la tercera mejor para estudiar artes asi que u know jejejej. Después decidió mudarse a CDMX a hacer algún posgrado en el INBA, mudándose aaaaaa la alcaldía Cuauhtémoc***,*** eligiendo un depa cerca de la institución, probablemente en Polanco.

Bailarín destacado vibes de profe de Bellas Artes que gana bien, demasiado estilo propio wuuu y claro bien fiestero.

Todos piensan que es queer y sí, pero es bien mujeriego.

Cumple el estereotipo de que los de Jalisco están wapos.

Moreno y alto.

Super tiene acento fresa.

Nombre. Yeyo C., yo que se.

Nació en Pesquería, pero solo eso. De ahí vivió en Monterrey toda su vida, más específicamente cerca del Barrio Antiguo. Hizo la prepa en el Centro de Educación Artística (CEDART) Alfonso Reyes y durante su estancia ahí intento revivir la avanzada regia ajaja y casi lo logra ehhh.

Como vivía ahí en barrio antiguo se iba a toquines cada fin y aja, le encantaba, pero para la uni se fue a vivir a CDMX, estudiando música en la UNAM. Se mudó a la alcaldía Coyoacán por la cercanía de la institución, aunque no le agradaba mucho que no había tanto ambiente.

Siguió su carrera como musico y se la pasa dando toquines, artista emergente que promete mucho para el rock mexicano vibes y no gana tan bien pero ahí va. También chambea como compositor y a veces va a fiestas (eso es lo que deja) casi no le gusta porque toca pura banda, pero bueno.

Exceso de wapura.

Moreno y alto.

A veces no sabes si te está hablando o gritando (acento regio).

No pierde la esperanza a la avanzada regia.

Ama ir a los conciertos del zócalo.

Muy andrógino = Gay.

Citadino que te puedo decir. Vivió siempre rodeado de arte, casi es estrella infantil, pero ne. Estudió la prepa en el centro de educación artística (CEDART) Frida Kahlo. Le quedaba más cerca otro CEDART, pero necio el nene. Después estudio artes visuales en la UNAM, le quedaba medio lejos pero no quería abandonar la Roma Norte el morro (30min). Igual sabe tocar algunos instrumentos.

Se independizo ahí mismo en la roma y trabaja en una empresa importante como director creativo o una mrda importante.

Bn fresón, pero si le entra a todo.

Ama esos bazares asteril igual q las cafes.

Ps ta alto para ser mexicano, pero podría estarlo más.

Moreno q riko.

Siento que compra en la roma records.

Ha llegado a ir al chopo.

Nombre. Terry K., obvio

Ufass. Hijo de padre gringo y madre mexicana, bien inteligente desde morro. Tuvo la opción de irse pa los unaites pero se acomodó mejor al español. Nació en Los Cabos e hizo poquita primaria ahí, hizo el resto y la secundaria en Tijuana y después se mudó a CDMX, en la alcaldía Cuauhtémoc, colonia Condesa. Estudió la prepa en el centro de educación artística (CEDART) Frida Kahlo. Estudio música en la UNAM. Y no cambio su dirección, cuando se emancipo se quedó en la condesa porque fresa el morro y aparte no sale mucho, en realidad no le importaba mucho.

Se dedico a la composición, a veces toca con un grupo y gana pretty well pero principalmente vive de ser técnico de sonido para televisoras y ha participado en filmaciones importantes.

Suuuperr fresa. Visitaba mucho California así que se le quedó ese acentito de las morras de allá.

No es mala onda, solo tímido vibes.

No tiene muchos amigos btw.

Habla como morra de Miami = Gay.

Alto y omg el único blanco pq es gringo.

Extraña mucho la playa.

Estoy casi segura de que se llamaría igual.

Prólogo.

La Ciudad de México tenía un ritmo propio. Entre el ruido de los vendedores ambulantes, el olor a tamales en las esquinas y el tráfico que nunca cedía, la vida parecía moverse siempre un poco más rápido de lo necesario. Para algunos, era abrumador; para otros, inspirador. Para Kai, era ambas cosas.

Había llegado desde Tijuana unos años atrás, con la idea de estudiar música. Mitad gringo y con un acento que a veces lo delataba, terminó quedándose en la Condesa, un barrio donde podía caminar con su guitarra sin llamar demasiado la atención. Había aprendido a moverse entre cafeterías con murales coloridos, parques llenos de perros y noches interminables en bares donde siempre había alguien dispuesto a escuchar a un músico nuevo. A pesar de todo, había días en los que se sentía como un visitante en su propia vida.

Soobin venía de Guerrero. Estudiaba artes visuales en el INBAL y vivía cerca de Bellas Artes, en un departamento pequeño que parecía más taller que casa. Sus días se dividían entre clases, bocetos y visitas rápidas a la Alameda, donde encontraba modelos improvisados para sus dibujos. La capital le parecía enorme, ruidosa y algo caótica, pero en medio de esa agitación descubría rostros, gestos y colores que no habría encontrado en ningún otro lugar.

Yeonjun, por su parte, había llegado desde Guadalajara. Licenciado en danza, se inscribió a un posgrado en la UNAM buscando ampliar su visión del arte y no quedarse solo con lo escénico. Vivía en Polanco, rodeado de edificios modernos y cafeterías de diseño, pero lo que de verdad disfrutaba era perderse en la Roma o en Coyoacán, donde encontraba funciones experimentales y pequeñas galerías que parecían aparecer de la nada. Había algo en la ciudad que lo mantenía alerta, como si en cualquier esquina pudiera suceder algo importante.

El primer encuentro entre los tres fue casi accidental: un evento cultural universitario, con música, pintura y danza compartiendo espacio. Al principio, todo parecía simple—una amistad naciente, conversaciones que fluían entre el arte, la ciudad y la vida estudiantil. Pero con el tiempo, algo más se coló entre ellos.

Soobin descubrió que se quedaba observando a Kai más de lo normal, que buscaba cualquier excusa para escucharlo tocar. Yeonjun notó que las charlas con él se le quedaban grabadas, que empezaba a medir sus semanas por los días en que coincidían. Ninguno planeaba enamorarse, pero ambos lo hicieron, casi sin querer.

Lo extraño fue que Kai, con su carácter tranquilo y esa mezcla de timidez y cercanía, parecía no darse cuenta del todo, o fingía no notarlo. Y lo que había empezado como amistad se volvió más tenso: silencios prolongados, roces que parecían accidentales, miradas que se esquivaban demasiado rápido.

La ciudad siguió siendo el escenario: cafés en la Condesa, exposiciones en el MUAC, caminatas nocturnas en Coyoacán, ensayos en salones con eco. Pero ya nada era tan sencillo. Los tres estaban atrapados en un hilo invisible que jalaba de distintas direcciones. Y aunque ninguno lo decía en voz alta, todos sabían que la amistad inicial se había transformado en algo más complejo, extraño y difícil de detener.

En la Ciudad de México, donde el arte lo impregnaba todo, ellos comenzaban a descubrir que a veces el amor llegaba disfrazado de complicidad… y que no siempre era tan claro qué hacer con él.

Capítulo 1.

La tarde caía lenta sobre la Ciudad de México. La Alameda Central se llenaba de estudiantes, parejas y familias, mientras el olor de los elotes y el sonido de un saxofonista callejero envolvían el lugar. Soobin caminaba junto a Kai, con las manos metidas en los bolsillos y los ojos atentos a cada gesto del otro, como si temiera perderse algo importante.

Kai llevaba su guitarra colgada a la espalda. Había insistido en que no la usaría esa tarde, pero Soobin sabía que tarde o temprano terminaría tocando, aunque fuera un par de acordes distraídos.

—¿Segurísimo que no tienes ensayo hoy? —preguntó Soobin, fingiendo indiferencia.

Kai sonrió.

—Lo cancelaron. Y además… quería salir un rato contigo.

La respuesta, simple y directa, bastó para que el corazón de Soobin se agitara. Disimuló bajando la mirada, fingiendo revisar los puestos de caricaturas y retratos rápidos. Ya estaba acostumbrado a esas pequeñas frases que Kai decía sin darle demasiada importancia, pero que para él lo cambiaban todo.

Se sentaron en una banca, rodeados de murmullos y de la sombra de los árboles. Soobin abrió su carpeta de bocetos y se la pasó a Kai.

—Mira, hice algunos estudios nuevos.

Kai hojeó las páginas con cuidado, sonriendo cada vez que reconocía un rasgo suyo escondido entre las líneas. Rostros de perfil, manos afinando cuerdas, siluetas que parecían moverse.

—¿Otra vez yo? —rió, alzando una ceja.

—No siempre eres tú. —Soobin se encogió de hombros, aunque sabía que lo era casi siempre.

—Mmm… —Kai pasó otra página y señaló un retrato más detallado—. Este sí soy yo. ¿Por qué me dibujas tanto?

Soobin se quedó en silencio unos segundos, con la excusa perfecta en la punta de la lengua, pero decidió no decirla. Se limitó a encogerse de hombros de nuevo, mientras el calor le subía al rostro.

—Porque eres fácil de dibujar —respondió al fin, con voz baja.

Kai se rió, como si la respuesta fuera graciosa y suficiente. Pero Soobin lo miró un poco más tiempo del necesario, con una intensidad que el otro parecía no notar. O no quería notar.

Un grupo de jóvenes se acercó para pedirle a Kai que tocara algo. Él dudó, pero Soobin lo animó con una sonrisa que escondía un orgullo difícil de disimular. Kai sacó la guitarra y empezó a tocar, dejando que su voz se mezclara con la tarde. Soobin lo observó en silencio, consciente de que nunca se cansaría de esa escena: Kai iluminado por la luz anaranjada, con su expresión concentrada y tranquila, sin darse cuenta de lo mucho que lo llenaba todo.

Cuando terminaron los aplausos improvisados, Kai guardó la guitarra y suspiró.

—Me da pena, ¿sabes? Cantar así de repente.

—Pues deberías hacerlo más seguido —contestó Soobin, serio—. No tienes idea de lo bien que suenas.

Kai lo miró con un gesto curioso, como si tratara de descifrar algo en sus palabras. Luego desvió la vista hacia la fuente más cercana.

—Eres demasiado amable conmigo.

—¿Y eso es malo?

—No… solo que… no sé si lo merezca tanto.

Soobin frunció el ceño, conteniendo las ganas de decirle que no tenía idea de cuánto lo merecía, de cuánto significaba para él. Pero no lo dijo. Se quedó callado, acompañándolo en silencio, mientras el cielo se teñía de violeta.

Caminaron de regreso por las calles de la Juárez. El ruido de la ciudad era constante, pero entre ellos se había creado un espacio extraño, casi íntimo. Kai hablaba de música, de sus clases, de un nuevo proyecto en la UNAM, y Soobin lo escuchaba con atención, grabando cada palabra como si fuera importante.

Al llegar al metro, se detuvieron.

—¿Quieres que te acompañe hasta tu casa? —preguntó Soobin.

Kai sonrió con esa naturalidad que lo desarmaba.

—No hace falta. Ya conoces el camino de sobra.

Y tenía razón. Lo conocía tanto que a veces Soobin sentía que también conocía los silencios de Kai, esos que escondían más de lo que decía.

Cuando Kai desapareció entre la multitud del metro, Soobin se quedó quieto un momento, con la carpeta de bocetos apretada contra el pecho. Sabía que estaba enamorado, lo había aceptado hacía tiempo. Lo que no sabía era cuánto más podría soportar esa delgada línea entre la amistad y algo que para él ya era mucho más.

Mientras tanto, Kai seguía sin darse cuenta.

O, tal vez, simplemente no quería.

Capítulo 2.

La noche en la colonia Roma tenía un encanto distinto al resto de la ciudad. Cafés abiertos hasta tarde, terrazas con música en vivo, faroles iluminando las banquetas adoquinadas. Kai caminaba con Yeonjun después de una función de danza experimental a la que este lo había invitado.

Kai, con la chamarra negra colgada al hombro, hablaba sobre la música que había acompañado la coreografía. Yeonjun lo escuchaba, aunque más que las palabras, lo atrapaba la forma en que Kai gesticulaba, la manera en que sus ojos brillaban cuando se emocionaba con un tema.

—No pensé que fueras a venir —dijo Yeonjun, rompiendo el hilo de la charla.

Kai se rió.

—¿Por qué? Siempre acepto tus invitaciones.

—Sí, pero esta era distinta. No a todos les gusta la danza contemporánea.

Kai lo miró con una sonrisa tranquila.

—Me gusta porque tú me lo explicas. Si voy solo, no entiendo nada.

Yeonjun bajó la vista, mordiéndose el labio para no sonreír demasiado. Desde hacía meses se daba cuenta de que Kai no era consciente del efecto que tenía en él, o tal vez sí lo era y prefería no enfrentarlo.

Se detuvieron frente a un puesto callejero. Kai pidió dos cafés de olla y Yeonjun lo imitó. Se sentaron en la banqueta, el vapor de las tazas mezclándose con el aire fresco de la noche.

—¿No te cansa la ciudad? —preguntó Kai, soplando su café.

Yeonjun lo pensó un momento.

—Me cansa todo… menos esto.

—¿Esto? —Kai lo miró, curioso.

—Salir contigo.

Kai rió suavemente y negó con la cabeza, como si pensara que Yeonjun exageraba. Pero Yeonjun lo decía en serio; cada salida, cada charla, cada mirada accidental se le quedaban grabadas más que cualquier coreografía que hubiera bailado.

Después caminaron hacia Parque México. Kai se detuvo frente a un mural y empezó a analizar los colores y las formas, divagando sobre cómo la pintura podía casi escucharse. Yeonjun lo miraba con una paciencia infinita, como si cada palabra fuera suficiente motivo para quedarse allí toda la noche.

—A veces siento que vives en otro mundo —dijo Yeonjun, cuando Kai guardó silencio.

—¿Eso es bueno o malo?

—Depende. Para mí… es peligroso.

Kai arqueó una ceja.

—¿Por qué peligroso?

Yeonjun sonrió de lado, sin contestar. No era momento de confesar que lo peligroso era enamorarse más de alguien que parecía no notar nada.

Más tarde, cuando se despidieron en la entrada de Polanco, Kai le dio una palmada en el hombro.

—Gracias por invitarme. La pasé bien.

—Yo también. —Yeonjun sonrió, aunque le dolía lo fácil que Kai podía decir “bien” sin sospechar que para él había sido mucho más que eso.

Kai comenzó a alejarse. Yeonjun lo siguió con la mirada hasta que se perdió entre las luces de la avenida. Solo entonces suspiró, sintiendo el corazón pesado. Sabía que estaba enamorado, y no de manera ligera: lo estaba de un modo que le cambiaba el ritmo de los días.

Lo que no sabía —o prefería no admitir— era cuánto tiempo más podría seguir siendo solo el amigo que invitaba a funciones y compartía cafés en la banqueta.

Mientras tanto, Kai seguía sin darse cuenta.

O, tal vez, simplemente no quería.